

tica del ocharo», congénere de lo que en ciencias naturales se ha denominado geología de las causas pequeñas. Si cada una de las legislaturas de nuestro llamado Parlamento, desde 1820, hubiese conseguido con sus reformas y providencias de gobierno este único resultado: rebajar en un céntimo el precio del kilo de pan, hasta dejarlo en 25, ó siquiera en 30, habrían hecho por la libertad del español, por la prosperidad y grandeza de España, más que con toda la balumba de discursos, proclamas, constituciones de perval y leyes «liberales» con que nuestros políticos han hechoido los aires y las bibliotecas tan baldiamente como sabemos.

El kilogramo de pan á 25 céntimos y el de carne á 1'25; el litro de alcohol para alumbrado, calefacción y fuerza motriz á 30 céntimos; la producción media de trigo por hectárea, 20 hectólitros en cada cosecha; en estas pocas cifras se encierra todo un programa de gobierno y una de las dos revoluciones que hay que hacer en nuestro país y que harán, si nosotros no queremos hacerla ó la demoramos, los extranjeros. Disminuir ocharo tres ocharo los bárbaros precios actuales, haciéndolos europeos: aumentar decañito á decañito la cifra actual de producción, menos que africana: tal es el ideal á cuyo logro deben encaminar todos sus esfuerzos los gobernantes—repressando arroyos y sangrando ríos, enseñando prácticamente, pero prácticamente «de verdad», á los señores y á los hijos de los labradores el uso de los abonos minerales, la alternativa de cereales con leguminosas pratenses de secano y la transformación de la agricultura de secano en agricultura de regadío; generalizando la institución de los huertos comunales: reorganizand, y creando, más bien, la enseñanza industrial, así elemental como superior; promoviendo el abaratamiento del interés de los préstamos mediante instituciones de crédito y la simplificación del sistema de transmisión de bienes y de constitución y cancelación de derechos reales; disminuyendo las pérdidas del presupuesto de gastos que hemos llamado de peso muerto, que hacen de nuestro Estado una burocracia y á cuya pesadumbre hemos sucumbido; aliviando rápidamente el brutal impuesto de consumos; castigando los aranceles de aduanas en lo referente á importación de ganado; ejecutando rápidamente, forzadamente, el plan de caminos vecinales y reduciendo las tarifas ferroviarias; removiendo las trabas que pesan sobre la fabricación del pan y poniendo tasa al número de tahonas; fomentando los mataderos y tahonas cooperativas, para suprimir parásitos é intermediarios; estableciendo almudías y mercados de granos y permitiendo los depósitos, como en todo país civilizado se permiten; creando carnicerías y tahonas reguladoras; persiguiendo cruentamente, pero de verdad, con rigores de policía quirúrgica, á uso de general Wood en la Habana, la adulteración y el fraude, etc., etc.

¿Y que significa esto en cuanto á resultados? Pues significa que el misero trabajador ingiere una tercera parte más de elementos nutritivos en el estómago, es decir, sangre más rica en las arterias; significa disminución en el número de enfermedades y aumento de la vida media; una tercera parte menos de niños que emigran á los cementerios y de adultos que ingresan en las cárceles; España, dejando de parecer una nación de anémicos escapados del hospital, que contemos en breve una tercera parte más de población, y de población más resistente y mejor conformada que la de ahora; mayor consumo de manufacturas; mayor coeficiente de producción y mayor potencia contributiva; mayor número de niños en edad escolar que no tienen que ganarse la vida y pueden asistir á las escuelas; significa, en fin, que quedan menos huérfanos

abandonados en el arroyo, que padecen menos frío y menos angustias morales esos pobres jornaleros y esas pobres viudas para quienes 50 céntimos más al día son una fortuna.

Dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, sanar al enfermo, corregir al que yerra, consolar al triste... no son tan sólo obras de misericordia: son juntamente obras de gobierno, y aun diría que no hay otro ni más gobierno verdadero fuera de ellas.

JOAQUÍN COSTA.

CUENTOS ESCOGIDOS

MANDRIA EL VETERANO

(CUENTO ORIGINAL)

El chiquillo es más tieso que un triquete ¡guapo mozo!

—Ven acá, galán! ¿Me conoces?

—No, no te conozco, replicó el niño.

—Cómo has de conocerme, isoy Juanón el gaitero! He servido en el mismo barco que mandó tu abuelo; entonces tenía yo los brazos y las piernas libres y ahora me los sujeta y pincha el reuma... ¡estoy hecho un portón!

El niño plantaba muy descaradamente sus avispados ojos, negros y brillantes, en los ojillos grises y ya endeble de aquel marinero veterano, cansado de muchos años de fuerzas y de mucho fumar; sabido es que el tabaco es una venenosísima solanácea que achica las pupilas de los que por ella son muy viciosos.

La carita infantil del muñeco tenía una cuasi imperceptible expresión de malicia, á pesar de la inocencia que en dicha faz estaba manifiesta, y la caraza del viejo presentaba, cuando se la miraba con persistente atención, una infame caridiez, revelándose á través del gesto sereno y de la mucha reflexión y astucia que en ella se notaban.

—Voto á un balenato... exclamó el viejo ahuecado á propósito la voz.— ¿Tú serás valiente, no es eso?

El chiquillo lo miró como con espanto y se estremeció, retrocediendo á la vez algunos pasos, cual si intentara huir de aquel hombrón negruzco, toscó y espantoso.

—¿Tienes miedo? ¿Á, jái! ¡Tienes miedo! Vaya un chiquillo mandria. ¿Sería posible? Pues no te parece á tu padre? no te parece á mi comandante. ¡Por vida de Santelmo! Yo te aseguro que he de quitarte el miedo. ¿Cómo te llamas?

El chiquillo no respondió; bajó los ojos al suelo y quedóse como sumido en el miedo más avasallador, mediano, invencible.

—¿No contestas? Vamos, di...

Silencio profundo, confusión y aturdimiento crecientes en el muchacho.

—¡Ah! ¿Que me has cogido miedo?

—Miedo!... ¡Vaya un grumetel!... Tú no serás marino, yo te lo aseguro, nunca, nunca lo serás. ¿Dónde se ha visto? ¿Te asustas de mí? ¿Te asustas de un cangrejo? El hombre no ha de tener miedo.

—¿Estás? Por nada, ¡comprendes, Piti-fogueo!, por nada, ni por nadie. Cuántas veces hemos visto tu padre y yo la muerte á caballo en el viento, ó en el rayo, ó bailando con las olas... y una muerte que ya casi nos tenía cogidos... y á sufrir más el hambre y la sed, ¡jamas hemos temblado! También, en medio del fuego, con el estruendo de los cañonazos, esperando vernos abordados y que se echaran sobre nosotros, faca en mano, los encenigos. ¿Miedo? ¡Nunca! ¡Ah! Chiquito, chiquito, eres más blando que un merengue, más tímido que una almeja, que en cuanto se la toca se encierra... Tú no eres un muchacho... eres un señorítico... ¡quebrado como un barquillo!

El marinero tendió hacia el niño los brazos haciendo mucho los manes como si hubiera querido cogerlo entre ellas, entre aquellos duros y ásperos dedos, para deshacerlo, triturándolo.

El niño lanzó un grito de espanto y echó á correr precipitadamente buscando un sitio donde esconderse.

—¡Aaah! ¡Aaah! que te cojo—exclamó con voz furibunda el marinero, riéndose se después de un modo verdaderamente atronador y terrible.

—¿Qué es eso Juanón?—dijo el comandante que acababa de entrar en la estancia.

—Mi comandante... ¡nadá!

—¿Por qué gritas de ese modo?

—Nada, mi comandante... Era jugando con el niño.

—¿Dónde está?

—Se ha escondido.

—¿Qué se ha escondido? ¿Y por qué?

—Lleno de miedo... Y es lo que yo digo, á los chiquillos cobardes hay que asustarlos, para que se les quite el miedo...

—¿Miedo?—murmuró el comandante.

—¿Que Fermín tiene miedo? A ver... ¡Niño! gritó el comandante.

El niño, que estaba escondido en una alcoba inmediata y debajo de una cama no contestó.

—Fermín!—volvió á decir el padre.

Nada; el chiquillo no se atrevía á salir de su escondrijo; allí estaba, contentísimo sin duda hasta el resuello. ¿Quién podía tranquilizar el alma de aquella tierna criatura? El feroz, el grosero marinero, sin duda producía en el corazón del niño una impresión de miedo difícil de remediar.

—Has oído, Fermín. Ven, soy yo quien te llamo.

A esta imperiosa advertencia del padre, ya no hizo resistencia Fermín.

Apareció ante aquellos hombres, sin duda tratando de ocultar ante el padre el miedo, disimulándolo con una leve sonrisa... pero á la vez no hacía por dominar ó no acertaba á conseguirlo, un temblor, una agitación que se había apoderado de todo su cuerpo.

—Cobarde, ¡ahora resulta que eres cobarde! Quitate de mi presencia... Este hombre que ves aquí es un bravo, en el Callao, cogía las granadas que caían sobre cubierta y las llevaba tranquilamente en sus manos para arrojarlas al mar, evitando que estallasen á bordo. En una ocasión se vió rodeado, de noche y en sitio solitario, por diez bandidos con sendas navajas, y á todos los hizo huir... ¡no ha conocido el miedo! El hombre, el verdadero hombre se muere sin saber lo que es el miedo. ¡Verdad Juanón Mandrá!

—¿Cómo se llama? preguntó quedamente el niño.

Juanón Mandrá. Vamos, piérdete el miedo, dale la mano.

El chiquillo, haciendo un gran esfuerzo... obedeció y exclamó en voz baja:—¿Con que eres un valiente, Mandrá? Me alegro.

II

¡Un día de campo! El convite no le había desagradado á Juanón. Todo marinero, que por lo general ha sido campesino durante los primeros años de su vida, pasa con gusto algunas horas bajo los árboles ó en las alturas de la montaña ó en la verde lozania de los prados.

Fermín, aunque no se mostraba todavía muy cambiado, sin embargo, ya no demostraba miedo al marinero.

Salieron muy amigablemente de Madrid, llegaron á pie á una quinta del comandante, corrieron por el monte, pasaron deliciosamente la mañana... A la una comieron bien; el niño, no se sabe si por broma ó por qué, realmente sentía apetito, manifestaba gran voracidad. Si bien se negaba hasta á beber... vino aguado.

—Bebe... hombre...—le dijo Juanón.

—¿Y si me hace daño? Tú tendrás la culpa.

—Esto no hace daño—contestaba el veterano.

Des horas después, y cuando ya marchaban á Madrid, Fermín se detiene, lanza un profundo suspiro...

—¿Qué es eso?—le pregunta Juanón.

—Que... ¡Que me siento malo!... ¡Áy, sí, muy malo, se me va la vista, tengo dolores en el estómago y en el pecho!... ¡Áy!... ¡Áy!... Yo creo que el vino y las setas... ¡Quién sabe si serían venenosas!...

Fermín se tira al suelo, pone los ojos en blanco, lanza agudísimos quejidos y hace una tembladura de pies y de manos espantosas...

A Juan se le hizo un cañamón el corazón, sintió frío de muerte en las mejillas, su carnaza dura se puso como de gallina, erizado el cabello... y lleno de espanto, tartamudeando al hablar y no movía con tino ni piés, ni manos... y así el ánimo tan inseguro, tan vacilante, tan apocado, tan medroso... ¡que era una compasión!

—¡Virgen del Mar! ¡Virgen del Carmen!... ¿Qué va á ser de nosotros!... ¿Qué hago yo? ¡Áy! ¿quién está muy malo es el niño...

Entonces, el tino del muchacho se puso de pronto en pie con gallardía y presteza, y lanzó una alegre carcajada...

—Juan Mandrá... tú no eres Mandrá sino Mandria... Ya lo ves... has conocido el miedo, cosa que yo jamás tuve!... ¡Andando, y que nos dé el aire!

JOSÉ ZAHONERO.

SONETO

Del amor rechazado, la honda pena,
Y del correspondido, la alegría;
De los grandes pesares, la elogia;
Del dichoso vivir, la paz serena;
Del alma virgen, la esperanza plena;
Del audaz pensador, la duda impía;
Del alma santa, la plegaria pía,
Y del orgiasta, la canción amena...

Todo agotado así. No hay ni un asunto
Que de manéras mal no esté tratado,
Siendo imposible se le añada un punto.

Por eso de continuo he preguntado
Y aun á mí mismo sin cesar pregunto:
¿Siempre he de hallar el campo ya espigado?

EMILIO BERNABEU.

Noticias

La Gaceta de anteyer publica un decreto del ministerio de la Guerra, distribuyendo entre las zonas los 60.000 hombres que suma el cupo del reemplazo de 1902.

A la zona de Ciudad Real corresponde un cupo de 1.000 soldados.

De los 60.000 hombres solo tienen que incorporarse á las filas 86.000 y por esto cada zona, y por tanto la nuestra contribuirán con las tres quintas partes del cupo correspondiente.

Por circular del Sr. Gobernador civil interta en el Boletín oficial del día 21, se encarga á los señores Alcaldes de los pueblos de la provincia que en el término de tres días siguientes al domingo 8 de Febrero próximo venidero, en que ha de tener lugar el sorteo de los mozos alistados en el presente año, remitan en papel timbrado común de la clase 12.ª tres copias literales del acta de dicho sorteo é igual número de ejemplares de la lista de extracción.

En sesión de anteyer acordó el Ayuntamiento que el expediente relativo á la expropiación de una parte de casa en la entrada de la puerta de Alarcos para unificar la alineación en aquel punto, pase de nuevo á la comisión de policía urbana para que amplíe el informe emitido en dicho asunto.

Después de contrar matrimonio en Madrid ha regresado á esta capital nuestro apreciable amigo el teniente de la guardia civil D. Antonio Ortega, acompañado de su distinguida señora.

Nuestra enhorabuena y sean bien venidos á esta ciudad.

Uno de los asuntos de que conoció antea-

yer el lacion prou da par Die tal co no ha maci

El tal de los se distri ment veh ser r próx

La por misi de a cio Sr. no c booc due

A rro laci bue A púl A sen par

I Ha Díe Gr I

ha la coe Ba B co cu

pu ta m en de

y so j

d p v c

Y

s